

MIGUEL ARTIGAS

S E M B L A N Z A D E G O N G O R A

A *Dámaso Alonso*, que ahondó como nadie en el conocimiento de la obra de Góngora, su admirador y amigo

e l A u t o r .

GONGORA

HE AQUÍ el nombre que ha llegado a ser por sí y en sus derivaciones el más conocido, el más popular de los nombres del Parnaso español. El simple lector de periódicos sabe a qué atenerse cuando encuentra en sus cotidianas lecturas las palabras *gongorino*, *gongorizar* y *gongorismo*, y si no lo sabe y quiere aprenderlo, diccionarios tiene la lengua que le explicarán bien o mal el sentido de estas palabras. Cuando por segunda vez encuentre el término o expresión dudosa, ya sabrá que se deriva del nombre de un poeta español que se llamaba Góngora.

Si el lector es curioso, es natural que desee conocer algo más que el nombre de un poeta, tan famoso que hasta ha creado palabras derivadas de su apellido. Y entonces vendrán la confusión y las leyendas y los prejuicios...

¿Quién fue Góngora?

De la unión de dos antiguas familias de la *cepa de Córdoba*, los Argote y los Góngora, descendientes de caudillos que tomaron parte en la reconquista de la ciudad, en tiempos de Fernando III el Santo, nació en Córdoba, en el mes de julio de 1561, don Luis de Góngora y Argote.

Su padre, el licenciado don Francisco de Argote, no residía a la sazón en la ciudad de los Califas, porque ejercía el cargo de corregidor en Madrid, y así, el recién nacido abrió seguramente los ojos a la luz en casa de su tío don Francisco de Góngora, racionero de la catedral y hermano de su madre doña Leonor. Había casado ésta, un

año antes, con don Francisco de Argote, que no tardó en volver a su ciudad con el empleo de Juez de bienes confiscados de la Inquisición.

Tanto en los Argote, como en los Góngora, abundan los caballeros de las Ordenes y otros personajes que necesitaban a cada paso probar la hidalguía de sus apellidos y la limpieza de su sangre; por esto, con más o menos seguridad, podemos ir ascendiendo en el árbol genealógico del poeta, sobre todo en las dos ramas principales, hasta épocas remotas. Ni don Francisco de Argote, el padre, ni don Luis de Góngora, el abuelo materno, eran mayorazgos; éste ni siquiera sabemos que tuviere una ocupación correspondiente a su abolengo, así es que los bienes de fortuna no podrían ser grandes en la nueva familia de los Góngora y Argote. Sin embargo, los Góngora habían emparentado antes con un racionero llamado Alonso Sánchez de Falces, secretario que había sido del obispo don Iñigo Manrique. Este Falces, personaje un tanto enigmático todavía, lo mismo en sus orígenes que en su posible descendencia, se había dado buen arte, o tuvo méritos suficientes para reunir una considerable suma de beneficios eclesiásticos, que fueron, durante varias generaciones, el sostén y ayuda de sus deudos. Como fuera un Góngora, el abuelo del poeta, quien trajo a la familia el caudal de los Falces, en el apellido Góngora vienen a vincularse las rentas eclesiásticas, y así no hay para qué hablar de las necias interpretaciones que se han querido dar al uso preferente que hizo don Luis del apellido materno.

No sabemos si, además de hombre rico, era el Falces estudioso y dado a la lectura; lo fue mucho don Francisco de Argote, padre del poeta, de quien hay fama y noticias ciertas que poseyó una importante biblioteca. Si los libros, como los ducados, vinieron de Falces, habría entre ellos seguramente muchas curiosidades de quien había sido servidor y hombre de confianza de los Manrique, raza de poetas y hombres doctos. Don Francisco tenía muchos libros y, además, los leía, y era curioso y amigo de conocer de raíz los asuntos, como nos lo prueba la elogiosa mención del famoso cronista real Ambrosio de Morales en el capítulo VIII de su *Crónica de España*, al tratar de corregir una fecha de Averroes, donde asegura que fue su amigo don Francisco quien le hizo notar una manifiesta contradicción.

También le unía la amistad y la semejanza de aficiones con Ginés de Sepúlveda, cordobés como Morales, uno de los hombres más doc-

tos de España y de los pocos que en Europa podían hombrearse, y se hombrearon, con el famoso autor de los *Coloquios*.

En este ambiente eclesiástico, erudito y renacentista, con sus posibles toques de erasmismo, nació y se crió el futuro poeta, hasta que para seguir sus estudios, tuvo que marchar, a la edad de quince años, en 1576, a la Universidad de Salamanca.

Poco sabemos de estos primeros años de la niñez y juventud de Góngora. Desconocemos el nombre de su maestro de primeras letras, de quien el poeta, ya hombre y lleno de gloria, se acuerda en una carta con frases que revelan gran cariño y gratitud.

Suponemos que estudió humanidades en el colegio que la Compañía de Jesús fundó en Córdoba en el año 1553, al cual concurrían los muchachos de las mejores casas cordobesas, y es de suponer que en este Colegio empezase la vida literaria del joven despierto e ingenioso. Allí aprendería muy bien el latín y leería los principales clásicos latinos, estudiaría algo de griego y las otras disciplinas complementarias, como matemáticas y música.

Ha llegado hasta nosotros por varios caminos la noticia de que, siendo estudiante en Córdoba y yendo con otros de su edad, se cayó de una tapia de la Huerta del Rey y se produjo graves heridas en la cabeza, atribuyendo la familia su curación a haberle tocado con las reliquias de San Alvaro, reliquias que en aquella época inspiraban gran devoción a los cordobeses. Estos otros muchachos de su edad serían de los treinta del barrio que jugaban con él al toro en la plazuela en los días de fiesta y a los que recuerda en el romance:

Hermana Marica	jugaré yo al toro
mañana que es fiesta	y tú a las muñecas
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela	y entraré en la calle
.....	haciendo corvetas
y en la tardecica	yo y otros del barrio
en nuestra plazuela	que son más de treinta.

El despejo y talento del escolar debían ser extraordinarios, puesto que historiador tan verídico como Vaca de Alfaro, en sus *Varones ilustres en letras de Córdoba*, nos cuenta que el mismo Ambrosio de Morales, sorprendido de sus agudezas, solía decirle: "¡Qué gran ingenio tienes, muchacho!"

Antes de salir a sus estudios de cánones en Salamanca, su tío don Francisco de Góngora, para aliviar seguramente la nueva carga que iba a pesar sobre las rentas del padre, o quizá para que el estudiante pudiese vivir con cierta ostentación que acreditase y honrase los limpios apellidos, renunció en su sobrino algunas rentas eclesiásticas de que disfrutaba en Cañete, Guadalmazán y Santaella.

Para poder percibir las, el estudiante tuvo que hacerse clérigo, es decir, recibir las órdenes menores, sin propósito definido por entonces de abrazar el estado eclesiástico. Los padres, considerando que el hijo era todavía un niño, siguiendo la costumbre de las familias nobles y bien acomodadas, hicieron que acompañase a don Luis en sus estudios un bachiller cordobés que se llamaba Francisco de León, en calidad de ayo. Uno de los arrieros que hacían el viaje con su recua desde Córdoba a Salamanca se llamaba Asenjo, y como se valían de sus servicios los Góngora para otros menesteres, es de suponer que a su cuidado y diligencia encomendarían el hijo en esta su primera salida al mundo.

Gustaría en ella el joven alguna de las conocidas peripecias de los viajes, mesones y ventas, muy repetidas en las novelas y en otras relaciones de la época, y tan aficionado salió a estas correrías, que hoy nos parecen insufribles por lo incómodas, que durante toda su vida casi no cesó de recorrer España, bien con embajadas oficiales, bien por gusto y delectación.

Llegados a Salamanca, lo primero de que se ocuparían ayo y estudiante sería de buscar un alojamiento conveniente. Los estudiantes que no vivían internos en los colegios, se hospedaban en casas que ejercían esta industria con permiso y bajo la vigilancia de la Universidad.

Había, por lo general, al frente de cada una de estas posadas de estudiantes un llamado bachiller de pupilos, que estaba revestido de cierta autoridad y derechos. La Universidad prohibía, por lo menos en sus severos estatutos, que saliesen los estudiantes de casa después del toque de queda; tenía vedados el juego de naipes; establecía horas de estudio y, por otra parte, señalaba al huésped taxativamente la cantidad y calidad de los alimentos que había de dar a los estudiantes.

Góngora y su ayo se aposentaron en casa de un licenciado que se

llamaba Aguilera, y parece que en esta casa continuaron durante los cuatro años que hubieron de pasar en Salamanca.

Constan en los viejos libros de matrícula de la gloriosa Universidad, las fechas en que Góngora se matriculara en los cursos, desde 1576 a 1580, y es de observar, en esto de las matrículas, que los primeros años aparece el nombre de nuestro cordobés confundido entre la turbamulta de los miles de estudiantes que de todas partes acudían a Salamanca; pero en el cuarto año nos le encontramos inscrito en la sección aparte de los estudiantes *generosos*, o sea entre los títulos y grandes dignidades. ¿Qué méritos había contraído para esta distinción?

Los estudiantes de cánones, que eran la gran mayoría, solían oír lecciones de *Código, Decreto, Clementinas e Instituta*, generalmente cuatro años, al cabo de los cuales podían aspirar, después de sufrir ejercicios y exámenes especiales —contestación a preguntas, defensa de conclusiones, etc.—, a obtener los títulos de Bachiller, Licenciado y Doctor. En los Libros de Licenciaturas de los años en que Góngora pudo aspirar a este grado, no se encuentra su nombre; el libro de Bachilleramientos, que corresponde a esta época de la vida escolar de Góngora en Salamanca, se ha perdido; pero como el obtener este grado no era cosa difícil, bien pudo conseguirlo don Luis. Un documento del año 1585 le adjudica el título de Licenciado; pero bien pudo ser un error de notario, pues otro que tal le llamaba presbítero en 1579, es decir, cuando apenas contaba dieciocho años.

Dos maestros insignes enseñaban en Salamanca en el tiempo de los estudios de Góngora: Fray Luis de León y Francisco de las Brozas. Fray Luis llegó a Salamanca, libre de las cárceles de la Inquisición de Valladolid, pocas semanas después que Góngora pisaba por vez primera las calles de la ciudad. Aunque en la poesía de Góngora no encontramos huella apreciable del Fray Luis poeta, por ser dos temperamentos líricos muy diversos, es casi seguro que con motivo de su regreso del cautiverio y del fastuoso recibimiento que se le hizo, el cordobés leyese alguna de las composiciones poéticas del Maestro de Prima, que andaban ya por los cartapacios de los estudiantes.

Tampoco sabemos a ciencia cierta que tratase y conociese al Brocense; pero es bastante verosímil que fueran conocidos y hasta amigos, por serlo ambos de un poeta sevillano, Luis Gómez de Tapia, que dio a las prensas en el año 1580 una traducción en verso de las *Lusiadas*,

de Camoens. Entre los preliminares de esta traducción encontramos, juntos, una canción de Góngora, su poesía de fecha segura más antigua, y unos versos latinos y una epístola castellana del Brocense. En estos años de 1580 a 82 preparaba el autor de la *Minerva* sus ediciones comentadas de Garcilaso y de Juan de Mena, traducía poesías de autores italianos y se ejercitaba en la caprichosa tarea de componer versos que se podían leer lo mismo en castellano que en latín.

Si no es pura broma la afición que confesaba tener don Luis a la Astrología, oyó seguramente leer esta disciplina al Brocense, que interinamente regentaba esta cátedra. Sea lo que fuese de estas posibles relaciones personales, es lo cierto que el concepto que el Brocense tenía de la poesía, concepto de un excelente renacentista, coincide con un aspecto de la musa de Góngora.

Precisamente la canción de los preliminares de la traducción de *Os Lusíadas*, por el fondo y por la elocución es de las poesías más *cultas* que escribió su autor, y téngase presente que es la más antigua de las que de él conocemos:

Suene la trompa bélica
del castellano cálamo. . .

Indudablemente escribió muchas poesías más en sus años de estudiante universitario. En una colección de fragmentos de poesías de Góngora, recogidos por un curioso, hallamos estos dos versos de una composición *que hizo en Salamanca*:

Que le dicam vobis S. licenciado
que le bonam diquis S. bachiller.

Tampoco es inverosímil que muchos de los sonetos amorosos y alguno de los romances de amores fuesen escritos en estos años. En uno de ellos, en el que empieza

Ahora que estoy despacio
cantar quiero en mi bandurria,

leemos estos versos:

Enseñástemme traidor
la mañana de San Lucas,

fecha señaladamente estudiantil, y también parece una alusión a la vida escolar aquel principio de otro romance:

Dejar los libros ahora
señor licenciado Ortiz.

Pellicer, el primer biógrafo de Góngora, nos habla del aplauso que tuvieron en Salamanca las producciones del poeta, y Liñán contó a Lope, en tono admirativo sin duda, los éxitos literarios de su contemporáneo en las aulas. En cambio, ninguna buena noticia tenemos de que aprovechase en sus estudios jurídicos, ni el porvenir le acreditó jamás de entendido en esta ciencia.

Un documento notarial de 1582 levanta un poco el velo que el tiempo y el olvido habían echado sobre la vida del estudiante.

Pocos meses después de haber abandonado Góngora la Universidad, los herederos del Licenciado Aguilera demandaron al poeta y a su padre por cien ducados que dejó a deber el estudiante en la casa de pupilos donde se hospedó, y en el poder que otorgan padre e hijo en Córdoba, para que respondan por ellos ante el Maestrescuela, afirman *que entraron en poder del dicho licenciado Aguilera dos mil ducados y más para los alimentos de don Luis*. Esta cifra, tenido en cuenta el coste de la vida de los estudiantes, es verdaderamente excesiva, pues no solía pasar, aun en los mejor acomodados, de doscientos ducados por año. Imposible, por tanto, que en cuatro años gastase en su mantenimiento más de dos mil. No será pecar de malicioso el suponer que había otras filtraciones y otros dispendios que no tendrían nada que ver con los alimentos de la posada.

La bondadosa liberalidad de don Francisco de Góngora, que no sólo le cedía las rentas de algunos de sus beneficios, sino que además le adelantaba estas mismas rentas, dejándole que después las cobrase, debió contribuir no poco a que el sobrino se tratase en Salamanca a cuerpo de rey y malgastase buen golpe de ducados en las diversiones propias de la juventud de todos los tiempos.

Andando los años, Quevedo, en sus crueles y tenaces sátiras contra Góngora, le echa en cara su afición al juego de naipes, y en las poesías y cartas de éste abundan las alusiones a este peligroso deporte. Es muy probable que en Salamanca, maestra no sólo de ciencias, sino de vicios, recibiese a costa de su caudal las primeras enseñanzas.

Tenemos, pues, a nuestro don Luis, después de cuatro años de estudios en la Universidad, hecho poeta de cierta fama, y seguramente más versado en la alegre y disipada vida estudiantil que en los cánones.

No era Córdoba lugar muy a propósito para recuperar el tiempo perdido para el Derecho, ni la vida ociosa, sin ocupación fija y disciplinada, podía darle ocasión para más que para divertirse en galanteos más o menos platónicos, sazonados con sonetos y romances primorosos, que extendieron su fama de poeta a un círculo más amplio de personas, pues ya Cervantes, en el Canto de Caliope de la *Galatea* (1584), elogia a Góngora muy expresivamente:

En don Luis de Góngora os ofrezco
un vivo raro ingenio sin segundo;
con sus obras me alegre y me enriquezco
no sólo yo mas todo el ancho mundo.
Y si por lo que os quiero algo merezco,
haced que su saber alto y profundo
en vuestras alabanzas siempre viva
contra el tiempo ligero y muerte esquiva.

No consta que por entonces se conociesen los dos ingenios; pero para Rufo, Arcanio Colona o don Luis de Vargas, amigos de ambos, pudieron dar a conocer al manco sano algunas poesías inéditas de Góngora.

Un suceso que pudo tener gravísimas consecuencias, unas estocadas entre Góngora y su primo don Pedro de Angulo, por una parte, y don Rodrigo de Vargas y don Pedro de Hoces, señor de Albaida, por otra, lo han querido relacionar algunos imaginativos biógrafos con unos fantásticos y novelescos amores de Góngora. Todo es pura patraña, y si es indudable que en la juventud de don Luis hubo un amor, una pasión expresada bellísimamente en sonetos, canciones y romances, hasta ahora la dama y las circunstancias de este amor nos son completamente desconocidas. Acaba de descubrirse en Simancas una carta de Góngora del año 1589, que si es de don Luis nos demuestra y confirma la enemistad y resentimientos del poeta contra el señor de Albaida.

Uno de sus amores, por lo menos, podemos conjeturar que terminó

con el matrimonio de la desdeñosa Cloris o Nise con otro afortunado pretendiente, si es que tiene sentido autobiográfico, como es de suponer, aquella hermosa canción del poeta:

¡Qué de invidiosos montes levantados,
de nieves impedidos,
me contienden tus dulces ojos bellos!
.....
Dormid, que el dios alado,
de vuestras almas dueño,
con el dedo en la boca os guarda el sueño.
Dormid, copia gentil de amantes nobles,
que a los lazos de amor os dio Himeneo;
mientras yo, desterrado, destos robles
y peñascos desnudos
la piedad con lágrimas granjeo.

La fecha de esta composición, el año 1600, nos lleva muy lejos en la vida del poeta, que para entonces ya había dado un paso decisivo.

Los beneficios eclesiásticos que siendo estudiante le transmitió su tío y las órdenes menores que para disfrutarlos hubo de recibir, nos indican que desde muy joven la familia destinaba a don Luis para la carrera eclesiástica. La prebenda de Falces estaba vinculada en los Góngora, y uno de esta familia tenía que heredarla de don Francisco de Góngora. Este fue don Luis.

Cumplidos los trámites necesarios: solicitud de las Bulas de sucesión a Roma, presentación de estas bulas al cabildo pidiendo la prebenda, e incoación del expediente de limpieza de sangre, el día 21 de febrero de 1585 tomó posesión don Luis de Góngora de la ración familiar en la catedral de Córdoba. Para gozar todos los derechos anejos al cargo, había recibido antes las órdenes mayores de Epístola y Evangelio; pero hasta muchos años después, cuando contaba ya cincuenta y seis, no se hizo presbítero.

El estado, medio eclesiástico, medio seglar, de los ordenados *in sacris*, era muy frecuente en los pasados siglos, y abundaban los escritores que en ese estado vivieron. No tenía las obligaciones del sacerdocio, con tener, sin embargo, todas las que se derivan de los votos solemnes, y permitía disfrutar beneficios y congruas muy saneados.

Góngora se dejó llevar seguramente por esta costumbre, y sin grandes esfuerzos, sin pretensiones largas, sin oficios molestos, se vio a los veinticuatro años con una posición social y económica que le permitía vivir en su Córdoba, al lado de los suyos, sin preocupaciones, disfrutando aquel *otium cum dignitate*, tan a propósito para el cultivo de las musas.

En la tramitación del expediente de limpieza de sangre tuvo don Luis un rasgo muy suyo, que nos recuerda al estudiante salmantino matriculado entre los *generosos*. Al notificarle el notario que para las informaciones podía nombrar él testigos de parte, contestó que renunciaba a este derecho, que nombrasen los informadores libremente los testigos que quisieren. Tan seguro estaba de su nobleza.

Pronto el cabildo cordobés reconoció las buenas dotes que adornaban al nuevo prebendado, y se apresuró a emplearlas. No hay comisión de viso e importancia, saludo ceremonioso, enhorabuena o gratulación oficial para la que no sea nombrado el poeta; pero además, y esto es una prueba de cuán pronto llegó a ser una de las primeras figuras del cabildo, poco después de cumplir su primer residencia, fue nombrado por votos secretos diputado de cabeza de rentas, "uno de los empleos de más confianza y responsabilidad, pues con este nombre se distinguía la junta administrativa de las rentas eclesiásticas de toda la Diócesis". Fue, además, varios años secretario del cabildo, tesorero y adjunto en las causas criminales.

Con ayuda de un documento oficial que se conserva en el archivo episcopal de Córdoba, podemos rastrear y adivinar la vida del joven racionero en los primeros años de capitular, y deducir algunos rasgos fundamentales de su carácter.

En el año de 1587 fue nombrado obispo de Córdoba don Francisco Pacheco, cordobés, emparentado con nobles familias de la ciudad. Era hombre de vida austera, y conocía a buen seguro que la de sus canónigos y beneficiados no lo era tanto como debía serlo. Mandó hacer, para corregir abusos, una visita o inquisición de ellos, con el testimonio secreto de todos contra cada uno.

Don Luis se muestra muy discreto y benévolo en su declaración: se queja del poco cuidado del sacristán mayor, de que el campanero tañe sin orden, y confiesa que él y otros varios capitulares han visto tres o cuatro veces los toros. Con las declaraciones de todos, el Obispo formó a cada uno un pliego de cargos. A Góngora se le hacían los

siguientes: "I. El racionero señor Góngora asiste rara vez al coro, y cuando acude a rezar las horas canónicas, anda de acá para allá, saliendo con frecuencia de su silla. II. Habla mucho durante el oficio divino. III. Forma en los corrillos del Arco de Bendiciones, donde se trata de vidas ajenas. IV. Ha concurrido a fiestas de toros en la Plaza de la Corredera, contra lo terminantemente ordenado a los clérigos por *motu proprio* de Su Santidad. V. Vive —en fin— como muy mozo y anda de día y de noche en cosas ligeras; trata representantes de comedias y escribe coplas profanas."

A este pliego de cargos contestó por escrito en presencia del mismo señor Obispo, estos graciosos y desenvueltos descargos:

"Al primero, que aunque es verdad que no puedo alegar en mi favor tanta asistencia al coro, como algunos a quienes se les ha hecho este mismo cargo, no he sido de los que menos residieron, ni en mis salidas fuera de él ha habido menos que causa forzosa y justa, ya por necesidades mías, ya por negocios a que he sido llamado.

Al segundo, que he estado siempre en las Horas con tanto silencio como el que más; porque aun cuando quiera no estar con el que se me manda, tengo a mis lados a un sordo y uno que jamás cesa de cantar, y así callo por no tener quien me responda.

Al tercero, que a las conversaciones y juntas del Arco de las Bendiciones, donde yo me he hallado, asisten personas graves y virtuosas y se tratan negocios tan otros de lo que se hace cargo, que no respondo por ellos para no agraviallos.

Al cuarto, que si vi los toros que hubo en la Corredera, las fiestas del año pasado, fue por saber iban a ellos personas de más años y más órdenes que yo, y que tendrán más obligación de tener y de entender mejor los *motu propios* de Su Santidad.

Al quinto, que ni mi vida es tan escandalosa ni yo tan viejo que se me pueda acusar de vivir como mozo. Que mi conversación con representantes y con los demás de este oficio es dentro de mi casa, donde vienen como a las de cuantos hombres honrados y caballeros suelen y más a la mía por ser tan aficionado a la música.

Que aunque es verdad que en el hacer coplas he tenido alguna libertad, no ha sido tanta como la que se me carga; porque las más letrillas que me achacan no son mías, como podría v. s. saber si mandare informar dello; y que si mi poesía no ha sido tan espiritual como debiera, que mi poca Teología me disculpa, pues es tan poca, que

he tenido por mejor ser condenado por liviano que por hereje. A todos los cuales cargos respondo lo dicho, y concluyo besando las manos de v. s. cien mil veces."

El obispo Pacheco, hombre culto y aficionado a los buenos estudios, contemporáneo de Góngora en Salamanca, protector de otro clérigo de cuenta, Vicente Espinel, y de los eruditos Aldretes, celebraría para su manteo la graciosa salida del racionero, y seguramente se hubo de hacer violencia para no reirse después de leída. Conocería ya acaso un romance de Góngora que tiene el mismo aire de regocijado abandono que este escrito, y en el cual se caricaturiza a sí mismo el poeta:

Hanme dicho, hermanas,
que tenéis cosquillas
de ver al que hizo
a *Hermana Marica*

De su condición
deciros podría,
como quien la tiene
tan reconocida,
que es el mozo alegre,
aunque su alegría
paga mil pensiones
a la melarchía.

Es enamorado
tan es demasía
que es un mazacote,
que diga un Macías;
aunque no se muere
por aquestas niñas
que quieren con presa
y piden con pinta...

No es de los curiosos
a quien califican
papeles de nuevas...

Es Su Reverencia
un gran coronista
porque en Salamanca
oyó theología,
sin perder mañana
su lección de prima,
y al anochecer
lección de sobrina...
Es fiero poeta
si le hay en la Libia,
y cuando le toma
su mal de poesía
hace verso suelto
con Alexandría,
y con algarrobas
hace redondillas;
compone romances...
y hace canciones
para su enemiga...
Finalmente, él es,
señorazas mías,
el que dos mil veces
os pide y suplica...
y que a los bonetes
queráis las bonitas.

Que ni el Obispo ni los capitulares debían ver con malos ojos esta vida alegre, sin llegar a escandalosa, de un joven poeta y músico, poco piadoso, pero de creencias ortodoxas a pesar de su poca teología, lo prueba la comisión que en los mismos días de esta visita le encarga el cabildo, atendiendo a “la formalidad, legalidad y conciencia de don Luis de Góngora y Argote”. En esta comisión la primera de una de tantas que le permitieron salir de Córdoba y recorrer casi España entera: la formación de un expediente de limpieza de sangre del Inquisidor Reynoso, con quien tuvo después disgustos y desavenencias. Fue a Mazuecos, en la provincia de Palencia, y a su regreso, por enfermedad real o fingida, pasó algún tiempo en Madrid. Siempre y ante todo poeta, va sembrando por sus viajes romances que se reflejan en las mansas aguas del Carrión:

Las aguas de Carrión
que a los muros de Palencia;

sonetos que retratan la severa majestad del Escorial y de su dueño:

Sacros, altos, dorados chapiteles...

Las murmuraciones de la corte o los tópicos repetidos cien veces a costa del pobre Manzanares; pero todas estas poesías, lo mismo que las que antes había compuesto *A la armada que fue a Inglaterra* y a sucesos y personas de su intimidad sólo llegaban a pocas personas, a los aficionados y profesionales sobre todo, entre quienes don Luis iba teniendo cada día más admiradores y devotos. Lo fue muy pronto Vicente Espinel, que en “La casa de la memoria”, impresa en sus *Rimas* (1591), le dedica esta octava:

Aquel ingenio cortesano y terso
que el Betis cría y engrandece el Tajo,
que en jovial estilo y dulce verso
para su eternidad halló el atajo,
ora siga esta senda, o por diverso
camino alivie el inmortal trabajo,
que Góngora será desde este día
de las musas el gusto y alegría.

Extendida su fama entre los del oficio, un bachiller, aragonés de nacimiento y de apellido, Pedro de Moncayo, insertó unos cuantos romances de Góngora, entre ellos los tan populares *Amarrado al duro banco*, *La más bella niña*, *Aquel rayo de la guerra*, etc., en una antología titulada *Flor de varios romances nuevos*, que había de tener larga y lucida descendencia.

Decíamos que aquel viaje a Palencia fue el primero de una serie. Desde 1590 hasta 1617 no cesa de viajar por tierras de España con un motivo u otro. Sin tener en cuenta una de tantas idas a Sevilla, como fue la que hizo con motivo de la fiesta que se celebró en la ciudad de la Giralda en 1590, en honor de San Hermenegildo, que le dio motivo para escribir una canción:

Hoy es el sacro y venturoso día
 en que la gran metrópoli de España
 que no te quiso rey te aclama santo.

en la cual, la musa del poeta despliega magnificencia de color y de poesía ornamental; en este mismo año estuvo en Madrid por un asunto financiero del cabildo. Dos años después, en 1592, marcha de nuevo a Madrid para tramitar la concesión de una veinticuatría que el conde de Castellar, pariente de su cuñado Gonzalo de Saavedra, casado con doña Francisca de Góngora, renunciaba a favor de don Juan, hermano menor de don Luis, y mayorazgo de su casa.

Al año siguiente fue a Salamanca a dar la enhorabuena, en nombre del cabildo, a don Jerónimo Manrique, propuesto para obispo de Córdoba, y en la ciudad del Tormes enfermó gravemente y se detuvo cuatro o cinco meses, y otra vez, después de tres años mal cumplidos, sale de nuevo para felicitar al obispo Reynoso, nombrado para la Sede de Córdoba. Casi todo el año de 1603 lo pasa entre Cuenca y Valladolid, con el encargo de hacer otra información de limpieza de sangre en la ciudad de Júcar, y para felicitar a un nuevo obispo, y seguramente también para resolver asuntos que tocaban a su familia, en la del Pisuerga, residencia entonces de la Corte. Le encontramos en 1607 en Ayamonte, en el palacio de los Marqueses de este título, y en 1609 marcha con otra nueva comisión de limpieza de sangre a Madrid, Alcalá, Salvatierra (Alava) y Pontevedra. Desde esta ciudad se fue a Monforte a visitar al Conde de Lemos, y

más tarde, por su gusto y para servir negocios del cabildo también, permaneció en Madrid hasta noviembre del dicho año de 1609. Tres más tarde, le encontramos en Madrid, y en 1616 en Toledo y en Lerma. Ya en el siguiente, y hasta un año antes de su eterno viaje, está de asiento en Madrid, sirviendo la capellanía real con que le agraciara el rey don Felipe III.

De casi todas estas andanzas hay un eco en la obra poética de Góngora.

Del viaje a Madrid en 1590 queda una mención picaresca de cierta aventura desventurada, en un romance.

De 1592 y de sus primeros años de pretendiente en corte para conseguir la veinticuatría de su hermano, nos ha quedado por lo menos el precioso soneto a don Cristóbal de Moura, ministro de Felipe II:

Arbol de cuyas hojas fortunadas...

Su estancia en Salamanca se señala por dos hermosos sonetos:

Muerto me lloró el Tormes en su orilla...,
.....

Huésped sacro, señor, no peregrino...

También están escritos en el viaje a Salamanca otros dos romances y este soneto que copiamos íntegro porque a él hemos de referirnos más adelante:

Descaminado, enfermo, peregrino,
en tenebrosa noche, con pie incierto,
la confusión pisando del desierto,
voces en vano dio, pasos sin tino.

Repetido latir, si no vecino,
distinto oyó de can siempre despierto,
y en pastoral albergue mal cubierto,
piedad halló, si no halló camino.

Salió el sol, y entre armiños escondida,
soñolienta beldad con dulce saña
salteó al no bien sano pasajero.

Pagará el hospedaje con la vida;
 más le valiera errar en la montaña
 que morir de la suerte que yo muero.

Además, en Salamanca en este viaje tuvo su primer encuentro con Lope de Vega, que a la sazón estaba de secretario del duque de Alba, y en esta entrevista se engendró posiblemente la antipatía que les separó para siempre.

El romance que empieza

Despuntado he mil agujas,

hace relación a su viaje de 1595, y las encantadoras estrofas de

En los pinares de Júcar...

y dos sonetos burlescos, nos hablan de su viaje a Cuenca.

Los siete u ocho meses del año 1603, que pasa en la Corte junto al Esgueva, constituyen un período importantísimo en su vida y en su obra. Fue la consagración del poeta, y acaso se incubaron entonces las ambiciones artísticas de su musa.

Siguiendo a la Corte habían acudido a Valladolid la mayor y mejor parte de los poetas y escritores de España, si exceptuamos a Lope, que estaba muy entretenido en Toledo.

Empezando por los nobles, que se ejercitaban con algún primor, para conjurar sus ocios, en la poesía, vivían en Valladolid los Condes de Lemos, Saldaña y Salinas, y en torno de la Corte y de los nobles, Cervantes, Liñán, Vélez de Guevara, Espinel, Salas Barbadillo, Quedo, Lobo Lasso y otros más. La musa de Góngora logra al momento destacarse lo mismo en el género satírico y burlesco que en la conmemoración de los sucesos y asuntos que se presentaron a la inspiración de los poetas. Sus pullas y burlas contra el pobre Esgueva, los sonetos fúnebres al sepulcro de la duquesa de Lerma, a suertes de montería, a fiestas, espectáculos y acontecimientos varios, correrían pronto en copias manuscritas, y al *andaluz poeta*, que se complacía en ostentar y ensalzar a su patria y a *los galanes de la Andalucía*, se le aficionaron pronto nobles y escritores. Para que su popularidad fuese

completa con el contraste, un joven de veintidós años, que bullía ya en la Corte y que con tan cortos años había conseguido por sus letras el respeto y admiración de propios y extraños, don Francisco de Quevedo, se trabó con él a décimas y romances en que ambos a dos se pusieron como digan dueñas.

Coincidió en Valladolid con el racionero cordobés aquel poeta granadino tan amante de los buenos versos, tan curioso y de tan buen gusto, que se llamó Pedro Espinosa. Llevaba entre manos la publicación de un libro en el cual quería recoger lo más escogido de la poesía contemporánea que seguía las huellas de Garcilaso.

Espinosa se daba cuenta del florecimiento y de la riqueza poética de la España de sus días, y quiso perpetuar ese magnífico esplendor en sus *Flores de poetas ilustres*, que vienen a ser una como protesta y reacción contra las sucesivas y constantes ediciones de Cancioneros y Romanceros. Era la poesía culta de los *espíritus gentiles que nos han sacado de las tinieblas desta acreditada ignorancia*, de las redondillas de Castillejo y Montemayor, *venerable reliquia de los soldados del tercio viejo*. Era la flor de la harina sacada después de cerner doscientos cahices de poesía vulgar. . .

En esta preciosa antología, Góngora es el poeta de quien se insertan más composiciones, y cuenta que en ella figuran, entre otros, los nombres de Arguijo, Argensola, el conde de Salinas, Barahona de Soto, Alcázar, Quevedo, Lope, Liñán, Fray Luis de León, Barbadillo, Espinel y muchos más.

Es curiosa la coincidencia de que en el mismo año y en la misma imprenta vallisoletana en que se estamparon las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa, se imprimiese una segunda parte del *Romancero general*, y que en ella se incluyan también muchas y muy bellas composiciones de Góngora. No podía ser mayor la popularidad de quien ni había impreso ni pensaba en imprimir por su cuenta un soneto. Es el más puro ejemplo de poeta que canta por invencible vocación, sin otro fin y sin otra mira que deleitarse con la belleza creada.

Hay en la obra de Góngora un manojuelo de bellísimas poesías dedicadas todas a los marqueses de Ayamonte y escritas algunas en el palacio de estos próceres. Las compuso en el año 1606, cuando corrió el rumor de que iba a pasar el marqués al Virreinato de México. Este pequeño núcleo de poemas es de gran importancia para estudiar

el desarrollo del estilo poético de Góngora, y en él encontramos alguna de las más preciadas joyas de su tesoro. Cabe la sospecha de que Góngora intentase acompañar al marqués en su viaje a América; pero por ahora sólo podemos apuntar la sospecha como tal.

No es mera sospecha, sino averiguada noticia, que dos años más tarde aspiró, como Cervantes y como tantos otros escritores, a formar en el séquito del buen conde de Lemos, que iba a ser virrey de Nápoles. Le visitó en su palacio de Monforte cuando fue a Pontevedra para el expediente de limpieza de sangre de don Diego Pardo:

Llegué a este Monte fuerte coronado
de torres convecinas a los cielos...

y satirizó de paso a Galicia en unas décimas y en un soneto.

No debió sacar mala impresión de la visita, y esperó en Madrid algún tiempo, aunque en vano. Ni fue a Nápoles con el de Lemos, ni a la embajada de Francia con el duque de Feria, ni debió salir muy satisfecho de la corte en este viaje, a juzgar por los tercetos que escribió entonces:

Mal haya el que en señores idolatra
y en Madrid desperdicia sus dineros...

y por algunos sonetos que entre veras y burlas vienen a declarar su malhumor y su pesimismo.

Otros disgustos puramente literarios contribuirían también a amargarle la vida. Se empeñó en nueva disputa poético-satírica con Quevedo a propósito de la traducción de Anacreonte hecha por el autor de los *Sueños* y éste, brusco y cruel, le llenó de injurias y denuestos. No se había secado la tinta de las sátiras quevedescas y ya andaba nuestro cordobés a soneto limpio con el P. Pineda y tal vez con don Juan de Jáuregui, por el fallo de un certamen poético celebrado en Sevilla por los padres jesuitas en el año de 1610, en cuyo certamen antepusieron al que él había escrito, otro soneto de don Juan. Fatigado por el continuo viajar y por los desengaños y disgustos, volvió a la ciudad de Córdoba, en donde no le faltarían pesadumbres, sobre todo domésticas y familiares.

Si ya por los años de 1597 el millón y 312.726 maravedises de las rentas no le bastaban, ¿qué sería después de doce años de andar y venir, y en los cuales las cargas y gastos de sus deudos aumentaron mucho?

Había llegado a los cincuenta; su salud empezó a resentirse, pues estuvo enfermo algunos meses del año 1610; para descansar, y sobre todo para favorecer la casa de su hermana Francisca, pidió la coadjutoría, con futura sucesión de la prebenda, para su sobrino don Luis de Saavedra y Góngora. El espíritu del poeta parece que presente y se prepara a una crisis honda. Está en la madurez y plenitud de sus facultades de artista; ya vivió, amó y sufrió. Sus ambiciones y vanidades cerca de los poderosos fracasaron; cree que ha malgastado su inspiración y su genio, que vivo y potente como nunca, le atormenta con anhelos no logrados, con ansias e ideales de arte no conseguidos ni casi intentados. Trae a la memoria sus obras, de las que ni copias conserva, y le parecen todas niñerías: letrillas, romances, sonetos de ocasión... Estas inquietudes artísticas, estas dudas y vacilaciones, y la tendencia a un empleo más alto, y sobre todo a elevar el tono y calidad de sus poemas, se va notando en sus composiciones de 1610 y 1611: la *Canción a la toma de Larache*, los *Sonetos* en la muerte de la reina Margarita... Pero su musa retozona y sus compromisos literarios y sociales no se dan por vencidos, sobre todo puesto en comunicación otra vez con el mundo de Madrid, en un viaje que debió hacer a últimos del año 1611 o principios de 1612.

De nuevo en Córdoba, con coadjutoría, sin obligación de asistir a coro y libre de las encomiendas y embajadas que a cada paso le proporcionaba el cabildo, y sintiendo más que nunca necesidad de descanso y de retiro para entregarse a la creación artística que le acucia y atormenta, se marchó al campo, a la soledad magnífica de la sierra de Córdoba, a la casa llamada Huerta de don Marcos, que tenía en arriendo del cabildo. No iría sin libros; su Ovidio y su Virgilio le acompañarían, y acaso también un tomo que acababa de ver la luz, escrito por un malogrado poeta cordobés, las *Obras de don Luis Carrillo Sotomayor*, cuatralvo que había sido de las galeras de España.

Las *Metamorfosis* y la *Eneida*, leídas una vez más, suscitarían en su espíritu emulaciones e impulsos, y el libro de su paisano, emparentado con el marqués de Priego, su enemigo, contenía, además de una colección de versos buenos y *algunos inspirados*, un tratado en

prosa de la erudición poética, que venía a ser como el doctrinal de una escuela ya en marcha, pero todavía confusa en sus intentos y aspiraciones.

Había que ennoblecer la poesía, huir de lo vulgar y gastado, crear una nueva y rica envoltura, una nueva lengua. ¿Por qué no? ¿No parecía el latín de los poetas distinto al de los prosistas? Los clásicos debían ser el ideal y el modelo de los poetas castellanos; había que aspirar a elegante oscuridad de las estrofas, emulando la *callida junctura* de las palabras y enriqueciendo el caudal poético con los ricos despojos de los mismos clásicos.

La *Fábula de Acis y Galatea*, imitada de Ovidio por Carrillo Sotomayor, tentó acaso la pluma de don Luis y le indujo a ensayar otra expresión poética del mismo tema. Era frecuente este ejercicio de poetizar temas y asuntos tratados por otros poetas, cuando no se tenía de la originalidad la burda idea que corre entre nosotros. ¿Qué importaba el argumento? Lo importante era el encontrar modos, formas, imágenes, situaciones y cuadros nuevos en el viejo marco de un asunto conocido.

Y concibió y escribió un nuevo *Polifemo*; vio de otra manera, dibujó con rasgos originales al monóculo galán, se entretuvo en crear un ambiente suave y voluptuoso en torno a los desdichados amores de la fábula, creó un poema. Escrito en octavas, entonado, con atrevidas imitaciones del hipérbaton clásico, con numerosas palabras injertadas del árbol latino, el *Polifemo* de Góngora está, sin embargo, dentro de una dirección y de una serie de poemas españoles calcados en temas de la literatura clásica, que se esfuerzan, en mayor o menor grado, en vestirse las galas del modelo.

Pero el *Polifemo* no era el poema grande con que soñaba el poeta, el gran poema español que los humanistas echaban de menos como flor de la cultura y del imperio españoles. Grecia había tenido su Homero y Roma su Virgilio. No había que pensar en un tema heroico. Había pasado la época; ni había ya ambiente heroico en España, ni era cosa de seguir siempre la huella de los pasados.

Dos veces había intentado Góngora hacer sonar la trompa bélica. La primera, con la dispersión de la Invencible, fracasó el intento. La toma de Larache no era asunto para un poema heroico. Larache aún tiene muy recientes acentos bélicos. La epopeya hubiera sido, pues, también, un fracaso histórico.

En su retiro, en sus meditaciones, cruzaban por la memoria y por la imaginación del poeta peregrino y andariego, los paisajes tan variados que habían contemplado sus ojos, las vegas andaluzas, las sierras de Cuenca, las inmensas llanuras castellanas, los bosques temerosos, las risueñas riberas gallegas y las costas del sur, transparentes y quietas; y las escenas populares y pintorescas, y los lances de caza, y los espantables miedos de las noches en medio de la selva... toda esta poesía vivía dentro del poeta; pero entiéndase bien: de un poeta renacentista y culto en todos los sentidos de la palabra. Y los poetas como él, que habían sentido esta poesía de la Naturaleza, habían creado un género de brillante historia; más que un género, una manera de ver esta Naturaleza, de embellecerla, de interpretarla, de poetizarla, en una palabra; y este género y esta manera de ver, fuese *dilettantismo* erudito o fuese un brote de la nueva concepción de la vida que trajo el Renacimiento y que envolvía como espesa nube al artista, era el género pastoril. Y un ambiente, un poema pastoril iban a ser las *Soledades*, el gran esfuerzo poético de Góngora; pero este poema no era la *Menina e moça* o la *Galatea* en verso, no. En el género, lo pastoril es lo accesorio, es el marco donde se encuadra una desfigurada acción humana y real las más veces pero acción y trama al fin que en ocasiones los eruditos, cogiendo bien los hilos, la transforman en historia. En Góngora, según todas las señales e indicios (se trata de una obra incompleta), lo principal era el marco, y lo accesorio la acción, apenas esbozada, diluida, motivo y ocasión para variar el paisaje. Además, lo que pudiéramos llamar la técnica artística de las *Soledades*, era distinta de la del género pastoril. Este ennoblecía, embellecía la naturaleza real, creando o mejor componiendo otra convencionalmente perfecta.

En las *Soledades*, el poeta huye también de la realidad; pero aparta también, ensombrece lo pastoril, con la expresión, con el arte, que a fuerza de riquezas metafóricas, de evocaciones y brillos de elocución, crea una Naturaleza imaginativa y artística que sólo tiene de lo pastoril el recuerdo y el fondo lejano.

Por sólo la primera y el fragmento de la segunda no se puede adivinar lo que iba a ser este poema de las cuatro *Soledades*: la Soledad de los Campos, la de las Riberas, la de las Selvas y la del Yermo.

La acción o, mejor, la sombra de acción que empieza a dibujarse en el fondo poético de las *Soledades*, para darles un sentido humano,

parece un tema muy traído y llevado por los poetas del xvi, tema romántico que ha de repetirse siempre y en todas las literaturas. El amor triste, el amor imposible, con su letanía de lamentaciones y quejas. Góngora mismo tiene varios sonetos en que lamenta y canta la loca empresa de su amor.

Dejamos copiado antes el soneto que empieza "Descaminado, enfermo y peregrino". De él dijo el comentarista Salcedo Coronel que parecía el mismo argumento de las *Soledades*. Como argumento, lo mismo podían parecerse otros; pero efectivamente hay en éste una especie de presentimiento de temas y situaciones en germen, que bien pudieran ser antecedentes de la *Soledad* primera.

Descaminado y peregrino andaba el náufrago, y en *tenebrosa noche* distinguió la luz de la cabaña de pastores. También oyó el *repetido latir del can siempre despierto* y se hospedó en el *pastoral albergue*.

¡Oh bienaventurado
albergue a cualquier hora!

Pero aquí terminan las semejanzas y sugerencias, si no es que en el desarrollo del poema surgía después, en otra aventura y en otro escenario, aquella somnoliente beldad que asaltara *al no bien sano pasajero*.

Lo que sí parece el soneto es un recuerdo poetizado de alguna escena de venta o parador, en su viaje de convaleciente, después de la enfermedad en Salamanca, que acaso se grabó fuertemente en la fantasía del poeta y surgió vivo en aquel arranque de inspiración que suponen las *Soledades*.

El impulso creador, la inspiración del poeta se cortó antes de que terminara la *Soledad* de las Riberas. Es muy verosímil que el Góngora social estorbara la obra del Góngora poeta.

Don Luis tenía muchos amigos y admiradores entre los hombres doctos y los poetas de su ciudad. Es natural que en alguna visita que éstos le hicieran a su soledad de la sierra, les leyese los dos poemas, el *Polifemo* terminado y la primera *Soledad*. El entusiasmo de aquellos buenos amigos se desbordaría; empezarían a hacerse lenguas de las nuevas producciones de su amigo, que realmente eran algo extraordinario y nuevo en la dirección poética que ellos también anhelaban, y no cesarían de importunarle hasta que consiguieran que se die-

sen a conocer copias a las personas que ellos creían más a propósito para que tales joyas se conociesen y divulgasen.

Por lo menos enviaron dos de estos traslados a Madrid, uno a Pedro de Valencia, cordobés, hombre de grandísima autoridad en letras divinas y humanas, y otra, después, a Andrés de Mendoza, tipo pintoresco de gacetillero cortesano.

Pronto las copias se multiplicaron y corrieron por toda España. Se ha conservado una carta que nos revela con qué solicitud se recogían y guardaban en la tertulia de Góngora, a poco de divulgados estos poemas, las opiniones que se iban recibiendo en Córdoba. La contestación de Pedro de Valencia era laudatoria y de quien no sólo aplaude, sino que quiere colaborar con correcciones y reparos que, en su mayor parte, inmediatamente se aceptaron; sabemos que Tamayo de Vargas y Medinilla aplaudieron también por carta los poemas, y aunque no tenemos pruebas escritas, es seguro que Villamediana, el conde de Saldaña y muchos más, recibieron como una revelación los nuevos poemas. Uno de los cordobeses más devotos y doctos amigos de Góngora, Díaz de Rivas, se dedicó a comentarlos sabía y prolijamente, como otros habían comentado a Virgilio. Animado el poeta con estos fervores, comenzaría a escribir la segunda *Soledad*, porque es indudable que medió algún espacio de tiempo entre la composición de las dos primeras.

Pero no todo el monte fue orégano. Aquella impaciencia de los devotos de don Luis, o del mismo don Luis, fue inoportuna y contraproducente. Es cierto que la dirección y tendencia de casi todos los poetas de España estaba de acuerdo fundamentalmente con el estilo y técnica de las *Soledades*; pero el ingenio del poeta llega tan allá en sus audacias, da tal salto en el camino casi unánimemente seguido, que no podía menos de producir la aparición de esta, en realidad, nueva poesía, sorpresa y sobresalto. Pensaron muchos que con un nuevo paso se llegaría al más grande desconcierto y confusión, a desarticular y deformar el lenguaje castellano, y vinieron las voces de alerta y de alarma. En realidad, se había llegado con estos poemas al término de una evolución que empezó con Garcilaso y Boscán.

Además, como don Luis, con su desenfado y gracia, se había pasado la vida sembrando vientos, le llegó la hora de recoger las tempestades, y sus enemigos literarios o personales se apresuraron a zaherirle y a burlarse de su nueva poesía.

Si recordamos los romances y sonetos de Góngora contra Quevedo, no ha de extrañarnos que el traductor de Anacreonte aproveche la ocasión para tomar a chacota y hacer zumba y escarnio de los poemas de su rival, y efectivamente fue el enemigo más tenaz y más encarnizado que tuvieron los nuevos poemas. Son muchísimos los ataques que conocemos en prosa y en verso salidos de su pluma; pero debieron ser muchos más, y grande la oposición que en un principio mostró, a juzgar por aquel soneto de Góngora:

Con poca luz y menos disciplina,
al voto de un muy crítico y muy lego,
salió en Madrid la Soledad y luego
a Palacio con lento pie camina.

Las puertas le cerró de la Latina
quien duerme en español y sueña en griego
pedante gafo que de pasión ciego
la suya reza y calla la divina...

Las alusiones a Quevedo no pueden ser más claras. No lo es tanto si se refiere o no aquí a alguna intriga palaciega del autor de las *Lágrimas de un penitente*, que perjudicara posibles aspiraciones de favor por parte de Góngora.

Desde su primera entrevista en Salamanca, sin más razón y motivo, acaso, que su pasión por la sátira, don Luis no había desaprovechado motivo para burlarse de Lope de Vega, y ahora el Fénix, con fluctuaciones y contradicciones propias de su carácter, forma también en las filas de los enemigos del cordobés.

Pero más que Lope y tanto o más que Quevedo, se distinguió en estas disputas don Juan de Jáuregui, el sevillano protegido por los jesuitas de Sevilla en el certamen del año 1610 en honor de San Ignacio, el autor del soneto que había ganado la palma y que dio lugar a los pintorescos dicitos de Góngora contra el P. Pineda. Jáuregui había dado, además, en el tema de zaherir y atacar a los más altos, y ni Lope ni Quevedo se vieron libres de sus burlas. Contra Góngora escribió, que sepamos, dos largos alegatos en prosa: el *Antídoto*, en broma pesada, y el *Discurso poético*, muy en serio.

Muchos más que no han llegado a nosotros debieron ser al prin-

cipio los hostiles, y sobre todo entre los literatos de Madrid se contarían los más y los peores, a juzgar por aquel altivo desahogo poético de Góngora:

Pisó las calles de Madrid el fiero
monóculo galán de Galatea,
y cual suele tejer bárbara aldea
soga de gozques contra forastero...

No había modo ya de poder poner puertas al campo de la lucha, que fue sin duda la más enconada y extendida y dilatada que se ha visto jamás en las letras españolas.

Se distinguieron en el partido de Góngora sus fieles de Córdoba: Díaz de Rivas y don Francisco de Córdoba, abad de Rute y, en general, los humanistas, que no podían menos de entusiasmarse con aquella poesía que contenía en sí una rica mina de delectación intelectual.

Los defensores de Góngora tuvieron muy buen cuidado desde que empezaron las disputas, de señalar los nombres de los más denodados defensores de su poeta, y el abad de Rute, Vázquez Ciruela y Angulo y Pulgar escriben largas listas de gongorinos y gongorizantes. Estas listas intentan una distribución geográfica que determina la extensión del nuevo estilo y tendencia, y así, en Madrid mencionan a Villamediana, Lemos, Ayamonte, Paravicino, Pellicer y hasta al príncipe de Esquilache, éste no sabemos por qué razón, pues en sus poesías se muestra muy alejado de las audacias del cordobés. En cambio, al enumerar a los cordobeses, nos parece que se dejaron muchos en el tintero. Entre los antequeranos había también un brillante grupo de afectos y secuaces, y no faltaban éstos ni en Salamanca, ni en Toledo, ni en Granada, ni en Aragón, ni en Portugal.

La confusión y algarabía fue tal, pasados algunos años, que nadie se entendía en lo de ser o no ser culto... Se apodera de los escritores un desmedido afán de limpieza de estilo y de pureza de lenguaje, reflejo de otras limpiezas y purezas que antes preocuparon a teólogos y linajudos, y el censor de hoy, pasa a ser mañana reo y sospechoso.

Mientras tanto, el nuevo estilo va, en silencio, ganando terreno, y la corriente gongorista se filtra en todos los campos: está en el ambiente, a todos tiñe con el brillo de sus metáforas, y todos se dejan

seducir por el encanto de su ritmo; y con razón podía preguntarse pronto un defensor del nuevo estilo: "¿Quién escribe hoy que no sea besando las huellas de Góngora, o quien ha escrito verso en España, después que esta antorcha se encendió, que no haya sido mirando a su luz?"

Pasados los primeros ataques y defensas, y serenado algún tanto el horizonte, todos, si no es algún recalcitrante, van haciendo justicia al poeta, y sobre todo entre los nobles que cultivan la poesía, obtienen la mejor acogida sus versos.

Desde que la Reina Católica estudia, y todos los cortesanos se hacen estudiantes, como recuerda el protonotario Juan de Lucena, la cultura va ganando el favor y el interés de la nobleza española.

Los nobles frecuentan las Universidades o hacen que los mejores humanistas instruyan a sus hijos, y si bien es cierto que nunca faltaron en España próceres cultos y poetas, como los Mendoza o los Manrique, la fundación de la Universidad de Alcalá, el favor de los monarcas a los hombres de letras en tiempos del Emperador y su hijo, y sobre todo la blandura y refinamiento de la corte del tercer Felipe, prepara aquel fausto artístico, aquel espléndido florecimiento de las artes y letras en el reinado del Rey artista.

Mudarra y Avellaneda hizo un catálogo de los nobles humanistas del reinado de Felipe III, y el conde de la Roca, contemporáneo riguroso de Góngora, en su conocido opúsculo *Panegírico por la Poesía*, vuelto a editar en el siglo pasado, da la lista de los nobles poetas de su tiempo.

Apuntemos algunos nombres de los que don Luis conoció y trató: los marqueses de Alenquer, Velada, Carpio, Guadalcazar y Ayamonte. Los condes de Niebla, Lemos, Palma, Haro y Monterrey; los duques de Alba, Osuna y el de Olivares.

Aunque de las dotes de poeta de algunos de estos personajes no tengamos más prueba que la palabra del autor del *Panegírico*, por lo menos todos ellos debían ser aficionados a las buenas letras. Sería muy curioso e instructivo un trabajo que recogiese las dedicatorias que en los siglos XVI y XVII enderezaron los poetas a los nobles, sus contemporáneos.

Entre estos nobles que rodearon a los dos últimos Felipes austríacos encontró Góngora sus mejores amigos. Poesía la suya para pocos, inaccesible al vulgo de los innumerables poetas y versificadores, eran

las juntas y academias que celebraban estos magnates, el hogar propio y adecuado del refinamiento y distinción.

La poesía de Góngora triunfó; pero el poeta de las ambiciosas concepciones naufragó en este mar de disputas y controversias. No podía, aunque lo intentase, substraerse al estrépito de la lucha que le arrastró a la vida de siempre. Sufrió heridas nuevas, revivió las viejas, se puso en relación y amistad con muchas gentes; la adulación y el vituperio conturbaron su espíritu, y adiós soledad bendita de la tierra de Córdoba, y adiós *Soledades*, que nunca más se verán terminadas.

Retoñan las esperanzas cortesanas con los nuevos halagos que los encumbrados y poderosos hacen al poeta, y la prosa diaria, la carga de los deberes familiares, impulsa al viejo racionero no a solicitar ni a pretender, como un catarribera vulgar, sino a dejarse ver, a exponerse delante de los que todo lo pueden, para con su favor poder levantar la casa y colocar dignamente en la vida a aquellos sobrinos y sobrinas que llevan su sangre y sus apellidos.

No podía presentarse mejor ocasión ni escenario más aparente para esta nueva salida de don Sancho, que había dejado a su amo malferido en la Huerta de don Marcos, que las solemnes fiestas de la Virgen del Sagrario que había dispuesto el cardenal don Bernardo Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, para celebrar el traslado de la imagen de la Virgen a una nueva y suntuosa capilla que había mandado construir en la catedral. Tío del favorito Lerma, era el arzobispo un santo varón que protegía a poetas desvalidos, como Cervantes y Espinel. Si Góngora, que ya era amigo personal y de letras del conde de Lemos, unido también a los Sandoval, lograba la protección, el favor y la amistad del cardenal acudiendo al certamen poético, uno de los más lucidos actos de las fiestas del Sagrario, bien podía esperar, no una pensión en metálico, que nadie podía ofrecer a un Góngora y Argote, pero sí la introducción en la casa del valido omnipotente.

Contribuyó Góngora al esplendor de estas fiestas con aquel soneto al sepulcro de la familia de los Sandoval, labrado en la nueva capilla:

Esta que admiras fábrica, esta prima
pompa de la escultura, oh caminante,
en pórfidos rebeldes al diamante,
en metales mordidos de la lima,

tierra sella que tierra nunca oprima;
 si ignoras cuya, el pie frena ignorante,
 y esta inscripción consulta, que elegante
 informa bronce, mármoles anima.

Generosa piedad urnas hoy bellas
 con majestad vincula, con decoro,
 a las heroicas ya cenizas santas

de los que, a un campo de oro cinco estrellas
 dejando azules, con mejores plantas,
 en campo azul estrellas pisan de oro.

Este bello y bien torneado soneto, en el que se nota el aliento poético y la técnica de las *Soledades*, y aquellas octavas, escritas también para estas fiestas y también cultas y de un arte refinado, de alto decoro:

Era la noche: en vez del manto obscuro,
 tejido en sombras y en horrores tinto,
 crepúsculos mintiendo al aire puro. . . .

fueron, sin duda, el asombro de aquella corte literaria.

Lo que después sucedió demuestra la buena acogida que tuvieron los versos y el poeta en Toledo, que, por unos días, reunió dentro de sus muros, del rey abajo, todo lo más lucido y sobresaliente de la monarquía.

Señalemos en este viaje de Góngora una canción muy significativa del poeta: "En el sepulcro de Garcilaso de la Vega". Góngora, el último y el más famoso de los discípulos, deposita con filial devoción unas flores a la tumba de Salicio; su recuerdo le asalta en todas las calles y plazas de la ciudad imperial, llenas del espíritu de Garcilaso, y de su gloria: "lámina es cualquier piedra de Toledo".

Volvió a Córdoba meditando una obra de grandes vuelos con que atraer la atención del duque de Lerma, poco entendido en achaques de poesía: el *Panegírico* que, como las *Soledades*, quedó sin terminar. Algunos cuentan que después de leer el duque la parte escrita, dijo que no la entendía; y es claro, no era ya cosa de molestarse escri-

biendo unas octavas difíciles, retorcidas y un tanto forzadas. Es más verosímil que suspendiese el poeta su obra en espera de completar esta crónica rimada con los nuevos acaecimientos, puesto que había llegado hasta los más recientes; pero fueron tan desgraciados los que después atropelladamente se precipitaron, que necesariamente tuvo que dejarla sin acabar.

Las nuevas admiraciones y amistades que en Toledo conquistó nuestro poeta le atrajeron pronto a la Corte. Se ha dicho, no sabemos con qué fundamento, que el conde de Villamediana le envió su propia litera para el viaje. Lo cierto es que en la primavera de 1617 el autor del *Panegírico* de Lerma está en Madrid de asiento, y en los comienzos del verano recibe la promesa de una capellanía real, "a quien los tutelares dan nombre de llave maestra a mayores ascendencias". Para posesionarse de la nueva dignidad, más honorífica que productiva (no daba de sí más que quince mil maravedises), le era preciso ordenarse de sacerdote, y seguramente recibió estas órdenes de mano del cardenal don Bernardo. Se aficionaría tanto a su nuevo presbítero el buen cardenal, que en el viaje a Lerma para asistir a las solemnidades que había dispuesto el privado con el fin de celebrar la traslación del Santísimo Sacramento a la iglesia colegial, lo lleva consigo. (Entra el mismo día —dice la relación puntual de Pedro de Herrera— en Lerma el cardenal Sandoval con lucida familia, acompañado de personas ilustres, hermanos y deudos suyos, como de algunos señalados en letras, y entre ellos el cordobés don Luis de Góngora, digno de aumentar número a los insignes varones de su patria que ya dieron nombre a España con tanta gloria suya.)

A la vuelta de Lerma, que ardió materialmente en fiestas religiosas y profanas, representación de comedias y vistosos fuegos de artificio, cuyos resplandores aún podemos percibir en las estrofas de Zárate, entró don Luis en posesión de su nuevo oficio, y empezó a tentar las puertas de las pretensiones cortesanas, para las cuales creía cándidamente tener la llave en la mano. Por cierto que se dijo entonces, y Faria y Souza recogió la anécdota, que el de Lerma no se decidía a recomendar al rey para capellán a don Luis, acaso por no ser más que poeta, y que vino a sacarle de esta indecisión la pregunta de uno de sus íntimos: "¿Por ventura hay estatuto que mande que todos los capellanes de Su Majestad sean tontos?" Capellán por Lerma, formó en la numerosa corte de agradecidos amigos y preten-

dientes del valido, el cual, por inclinación o por estudiado cálculo, se alejaba todo lo posible del contacto de las gentes y de los asuntos, descansando en la confianza de don Rodrigo Calderón. En casa de éste se solicitaba, y a Calderón hubo de insinuar Góngora su nueva pretensión: la chantría de Córdoba. Muy ajeno estaba el mundo de los cortesanos, sobre todo el de los amigos de Lerma y Calderón, de la catástrofe política que se avecinaba.

El fracaso de los deseos de Góngora en este asunto de la chantría fue uno de los primeros y más claros indicios de que el favor real tomaba otros cauces. Roma, que podía estar y estaba, como siempre, muy al tanto de lo que ocurría en las cortes, dio la voz de alarma. Esta misma dignidad que Lerma y Calderón pedían para Góngora, la solicitaba para otro poeta, Fernando de Soria y Galvarro, el duque de Osuna, y la curia romana atendió al de Osuna, que era todavía una esperanza y una incógnita en la política española, y dio de lado al que hasta hacía pocos meses había sido el verdadero rey de España. Calderón sigue obcecado, y el mismo don Luis sólo creía en su mala fortuna. Algo anormal y peligroso hubo de notar, sin embargo, en el ambiente político, cuando piensa en volver a Córdoba en cuanto consiga un hábito de Santiago para uno de sus sobrinos; sin embargo, aun después de ver preso a su valedor en Montánchez, cree que se trata de una *prisión de ceremonia*.

Metido en estos intrincados caminos, con deseos de ser útil a los suyos, proporcionándoles honores, y dineros en definitiva, si él consigue algún aumento, no es extraño que perdamos de vista al poeta. Este quedó encerrado en un desván de la Huerta de don Marcos, y sólo alguna vez le veremos aparecer en ímpetus y ráfagas de inspiración honda o en los finos encajes de poesías de compromiso que llevan siempre algún rasgo de su genio. La prosa, y la prosa más vil, nos le va ganando poco a poco.

Para vivir en la Corte como tenía que vivir un don Luis de Góngora y Argote, amigo de los más encopetados personajes que se honraban agasajándole, no era nada el estipendio de la capellanía real, aun añadido a la suma de sus rentas cordobesas.

Conocemos *demasiado bien* los apuros económicos de don Luis en la Corte durante estos años, porque el mismo don Luis los contaba, exagerándolos indudablemente, en las cartas dirigidas a D. Francisco del Corral y a Cristóbal de Heredia. Era este Heredia el encargado

de cobrar todas las rentas cordobesas del poeta y de enviarle, en cambio, mil reales cada mes. El desdichado negocio de la chantría desequilibró este contrato tan bien pensado, a causa de los tres mil ochocientos reales que don Luis tomó a préstamo para las gestiones. Con este desnivel, la quitación mensual que venía de Córdoba se rebajó a seiscientos reales, que en expresión de Góngora no podían ser *alimentos de un niño de la doctrina*

Con estas preocupaciones económicas no estaba don Luis para poesías ni para disputas sobre claros y oscuros, que llegaron a ser un tópico de los escritores del tiempo. Los poetas dramáticos sobre todo, tenían seguro de antemano el aplauso haciendo unos cuantos chistes ante el público vulgar de las representaciones, a costa del lenguaje culterano, poniendo en ridícula caricatura lo que ellos mismos, cuando trataban de escribir poesía pura, o aun en las mismas comedias, en los parlamentos graves y entonados, vergonzantemente trataban de imitar.

Lope podría darnos muchos ejemplos, y al mismo Quevedo es fácil cogerle también en claros renunciados.

La privanza había pasado al duque de Uceda. Ni él ni sus amigos podían favorecer, de buenas a primeras, a quien había sido tan allegado a los de Lerma, si bien de un poeta, casi jubilado, como parecía Góngora, ni había mucho que temer ni que esperar.

Más que sus concomitancias con Calderón, le dañaría ante los nuevos validos su intimidad con Villamediana, el satírico implacable por temperamento. Desterrado andaba de la Corte; pero no tardó en volver a Madrid y a las andadas.

Cuando Góngora logra orientarse en la nueva situación y tiene grandes esperanzas en el apoyo del conde de Salinas, que es su viejo amigo y colega en el cultivo de las musas; cuando en Madrid, es su casa —*en el tamaño un dedal y en el precio de plata*— el lugar donde se reúnen los cortesanos que quedaron cuando marchó Su Majestad a Portugal en el verano de 1619 y se ocupan en organizar el recibimiento del monarca y la mejor manera de festejar la inauguración de la Plaza Mayor, la enfermedad del rey detiene y aplaza todas las esperanzas. Estas habían sacudido un poco la pereza del poeta, que escribió algunos sonetos con motivo del viaje y enfermedad del rey... Cuando leemos ahora los romances tan cultos y tan bellos, y las canciones tan maravillosamente delicadas y musicales que tomando por

tema las bodas y amores del príncipe don Felipe escribió, cantó más bien don Luis, o los villancicos, o aquellos delicados versos a doña María Hurtado:

Mátenme los celos de aquel andaluz,
háganme si muriere la mortaja azul...

.....
Tú en agua, yo navego
en lágrimas de fuego
después de tu partida.
Esta mi voz perdida
dulce te seguirá, pues dulce vuela:
suspiros no, que abrasarán tu vela...

Y otros varios sonetos, en los cuales, a pesar de la pequeñez y de lo forzado del asunto, resaltan primores y armonías que sólo Góngora, el que escribió las *Soledades*, podía producir, no podemos menos de lamentar que unos vanos hábitos para otros vanos sobrinos tuviesen al cisne del Betis con la atención distraída y con el pensamiento y la voluntad de espaldas a su inclinación, equivocadamente empeñado en intrigas, solicitudes y pretensiones para las que ni habilidad ni fortuna tenía. Lo poco que la antojadiza diosa le concedió, vino siempre envuelto en temerosas inquietudes.

Las últimas de carácter político general que experimentó acaecieron a la muerte de Felipe III, en marzo de 1621; pero sea porque ya se iba acostumbrando a estos sustos, sea porque quien nada, en definitiva, conseguía con los que cesaban, algo más podía esperar de los venideros, es lo cierto que se muestra muy optimista con la subida del Conde-Duque a la privanza del nuevo rey; y aunque en los asuntos de dinero anda de mal en peor, sus cartas correspondientes a los meses primeros del nuevo gobierno rezuman alegre confianza en lo por venir.

El de Olivares era incomparablemente hombre de más talento y letras que Lerma y Uceda; escribía bien y había sido poeta. Sus íntimos nos aseguran que cuando se vio elevado a la cumbre del poder, quemó sus versos, por parecerle que no era de hombres serios escribir coplas, o acaso para que los envidiosos y murmuradores que le iban a nacer, no tuvieran un motivo más de burla y chacota. Y en

verdad que no anduvo cuerdo el de Olivares. Si eran buenos los versos, hubieran sido un mérito más en el hombre de Estado, y si eran malos o medianos, el estudiante antiguo de Salamanca debiera haber tenido presente la anécdota del perro de Alcibiades. Lo cierto es que el Conde-Duque procuró atraerse a los hombres de letras. Levantó el destierro a Villamediana, que no debiera, si al poco había de desterrarlo de este mundo; se ganó poco a poco la amistad de Quevedo, el terrible Quevedo, en quien tuvo por bastantes años un defensor denodado; y entre otros cien más, demostró desde el principio gran afecto hacia Góngora.

Entre los favorecidos por el cambio contaba don Luis con la simpatía e intimidad de los cordobeses don Alonso de Cabrera y don Luis de Venegas, éste aposentador mayor de Palacio, de quien esperaba habitación gratis. También el conde de Monterrey está en gran predicamento, y él corre desde ahora con la solicitud del dichoso hábito de Santiago para don Francisco, hijo de su hermano Juan.

En estas halagüeñas perspectivas sorprendieron a Góngora los rumores, primero, y la noticia, después, de la ejecución del marqués de Siete Iglesias. Calderón fue la víctima propiciatoria, pagó sus culpas y las ajenas. Osó y supo morir, y el suplicio convirtió los odios en lástimas y en meditación pública de moralidad. En el coro de poesías que su muerte inspiró, ninguna como aquellos sonetos de don Luis:

Sella el tronco sangriento, no le oprime,
de aquel dichosamente desdichado,
que de las inconstancias de su hado
esta pizarra apenas le redime...

Ser pudiera tu pira levantada,
de aromáticos leños construida,
oh Fénix en la muerte, si en la vida
ave, aun no de sus pies desengañada...

No carecen de interés las décimas que, según el testimonio de Gabriel de Peralta, corrieron como de Góngora al mismo asunto, aunque están afectadas de un conceptismo esquemático, que hace muy sospechosa su autenticidad. Otras poesías fúnebres y tristes dan cierto

color melancólico a su musa en este año de 1621; en cambio, en el siguiente, después de cinco de gestiones y promesas incumplidas, empieza a experimentar el favor cortesano con la concesión del hábito para su sobrino. Como en Córdoba habían llegado a dudar de la veracidad de sus promesas e ilusiones, escribe muy ufano: "Ya estarán desengañados en nuestro lugar de que he dicho verdad siempre, con modestia, en la relación que he hecho de mis pretensiones". Y como quien aprendió la senda, antes de que se enfríe la masa, ya piensa en solicitar otro hábito para otro sobrino.

A pique estuvo, sin embargo, de que fracasase el primero en las pruebas de limpieza de sangre, lo cual habría causado al linajudo don Luis grave pesadumbre.

Por lo visto, hacía más de veinte años, que al pretender una familiaridad del Santo Oficio don Juan de Argote, marido de doña María Ponce de León, hermana de Góngora, el marqués de Priego, enemigo declarado de don Luis, y el inquisidor Reynoso, el racionero cuya limpieza de sangre averiguó Góngora en Cuenca, le pusieron impedimento, alegando que en la ascendencia materna de los Góngora (se referían a los Falces) no eran todos limpios. Se vencieron estas dificultades después, a fuerza de justificaciones y testigos, y ya nadie pensaba en tal cosa; pero uno de los testigos que declararon en este expediente formado para el hábito del sobrino, como era muy viejo, dio en recordar el caso de marras, y el instructor del expediente no tuvo más remedio que preguntar e inquirir sobre esto.

La sospecha de que los Falces no eran cristianos viejos venía de más atrás, por lo menos de cuando el tío de don Luis de Góngora, don Francisco, pretendió en 1568 la ración de Alonso Sánchez de Falces, tío de su madre. No parecen justificadas estas sospechas, y lo posible será que el haber venido de fuera los Falces, y algunas enemistades de los canónigos y racioneros, levantaron este rumor. De todos modos, para el hábito de Santiago del sobrino hubo necesidad de segundas pruebas, que ocasionaron molestias y no pocos gastos. Menos mal que el buen Heredia, aquel año de 1622, estaba blando y hasta generoso, y adelantó algunos ducados, que en parte sirvieron para médicos y ungüentos. Los dos criados de don Luis estuvieron enfermos, y él mismo sufrió una grave afección a la vista. Digamos de paso que de este año de 1622 es el retrato que le pintó Velázquez, *que tanto se admiró en la Corte*, como dice Pacheco, y del cual pro-

ceden casi todos los que se conocen. Dos años antes le había retratado un pintor belga, cuyo nombre ignoramos, y por estos días debió hacerle el busto que se conserva en la casa de la Moneda, Antonio de Herrera, pues se parece mucho al retrato de Velázquez: seco, avellanado, aguileño, con la frente bombeada, la barba saliente, hundida la boca, y todo él respirando altivez y displicencia.

En la carta a su amigo don Francisco del Corral, en que le comunicaba la concesión del hábito, le contaba Góngora lo bien a gusto que se hallaba en Palacio, y hasta que había llegado a *ser oído* del rey. Lo hubiera sido con frecuencia, si en vez de poesías ligeras hubiere escrito comedias, pues conocida es la afición de Felipe IV por las representaciones teatrales; pero Góngora, aunque había probado a escribir para la escena, pronto y a tiempo se convenció de que su talento poético no era para este género literario. No volvió a acordarse de *Las Firmezas de Isabela*, y dejó sin terminar *El Doctor Carlino*.

Había vuelto a la Corte su amigo y discípulo, el alocado Conde de Villamediana, que inmediatamente recobró su lugar tan señalado entre los palaciegos. En realidad, los tiempos que corrían eran los más a propósito para que destacase un caballero de las prendas del Conde, generoso hasta el derroche, bravo, buen poeta, de una fantasía ardiente y exaltada, como de caballero andante, que dio en el tema de elegir para su dama nada menos que a la graciosa reina Isabel, con tan poca cautela y secreto, que pronto comenzaron las maliciosas lenguas sus murmuraciones. Como el rey siempre estaba dispuesto a divertirse, las fiestas se sucedían continuamente. Se acercaba el cumpleaños de Felipe IV, y su esposa quiso obsequiarle con una representación de extraordinaria invención y lujo, en Aranjuez.

Villamediana fue encargado de escribir una comedia, y entre él y Góngora compusieron en pocas semanas *La Gloria de Niquea*, en estrofas cultas y con lances y episodios de gran imaginación, muy en armonía con el público a que se destinaba. Formaba parte de la fiesta *El vellocino de oro*, y se estaba representando esta comedia de Lope, cuando se incendió el teatro, produciéndose la natural confusión. La hazaña del conde sacando en brazos a la reina del fuego, sólo sirvió para atizar el de la crítica de sus altivos pensamientos, y algún funesto presagio de venganza debió de llegar a noticia del autor del *Faetón*, porque se disponía a pasar a Nápoles con el nuevo virrey,

el duque de Alba, y ambos querían llevar consigo a nuestro poeta, que ya viejo, y empeñado en sus hábitos de órdenes, no se fía de *acémilas de haya*.

Pero la tragedia se apresuró, y el 21 de agosto, al anochecer, cayó muerto de una feroz herida de cuchillo el conde de Villamediana.

Terrible fue el golpe para don Luis, que adivinaría el espantable fondo de aquella apacibilidad cortesana. Su tristeza halló expresión magnífica en un soneto que compendia su dolor por las tres muertes violentas de tres de sus mejores amigos: el conde de Lemos, Calderón y Villamediana:

Al tronco descansaba de una encina...

Su tristeza y desconcierto se serenaron pronto con el buen éxito que iban teniendo sus deseos y aspiraciones. En los primeros meses del año siguiente, 1623, tiene ya promesa formal de una pensión eclesiástica de cuatro mil ducados, situada en el obispado de Córdoba, y le aseguran que muy pronto podrá disponer de un segundo hábito de santiaguista, como así sucedió.

Se iba acercando, al parecer, el fin de las negociaciones y de las peticiones, y hubiera llegado la deseada vuelta a Córdoba si las complicaciones de la política nacional y hasta internacional no se opusieran a la simple firma de una merced ya concedida y a la expedición de un tercer hábito.

A consecuencia de la ruptura de las negociaciones del matrimonio de la Infanta María, hermana del rey, con el príncipe de Gales, que inesperado se presentó en Madrid a solicitar con urgencia su mano, se temió que la flota inglesa trataría de hacer alguna incursión en las costas españolas del sur, y para vigilar y disponer la posible defensa, la Corte emprendió un viaje por Andalucía en los comienzos del año 1624, y en todo este año y la mitad del siguiente no hubo manera de obtener este par de firmas.

El Conde-Duque, en algunas entrevistas que tuvo con el poeta, demostró mucho juicio y buen sentido.

Una vez, al darle Góngora las gracias por la pensión otorgada, aunque no por escrito, y pedirle licencia para importunarle con la demanda de un tercer hábito, muy afablemente le dijo: "El diablo harte de hábitos a esos de Córdoba."

Ni más ni menos le dijo; pero dejemos que nos lo cuente el mismo interesado: "Ayer de mañana, el pie en el estribo, me dijo: v. m. no quiere estampar. Yo le respondí: la pensión puede abreviar el efecto. Replicóme: ya he dicho que corre por v. m. desde el 19 de febrero. En volviendo se tratará de todo, no tenga pena. Con esto he quedado suspenso, porque veo que quiere, sin duda, que el hábito sea satisfacción de la dirección de mis borrones..."

Es curioso que Góngora quedase suspenso con esta pregunta y tuviese que rogarle, mandarle, el propio Conde-Duque, nada menos, que pensase en imprimir sus obras, para que tratase en serio de recoger su producción poética. Discretísimo estuvo el de Olivares, y ojalá que mucho antes le hubiese recordado que era poeta y sólo poeta, y que por tal y para que siguiese siéndolo, se le hacían mercedes.

Ya dos años antes, como medio de hallar salida a uno de sus frecuentes atrancos financieros y, sobre todo, a lo que parece, para dar buenas prendas y esperanzas a Heredia, le escribía: "Yo traigo en buen punto la impresión y enmienda de mis borrones, que estarán estampados para Navidad porque, señor, hallo que debo condenar y condeno mi silencio, pudiendo valerme dineros y descanso alguna vergüenza que me costarán las puerilidades que daré al molde."

Piense el lector en qué buen punto traería el poeta la impresión y enmienda de sus obras, cuando al cabo de dos años escribe y ruega a su administrador que compre de un aficionado de Córdoba un cartapacio de sus propias poesías, y que "se compre por un ojo que sea de la cara porque saque yo lo que me sacará de aquí desempeñado..."

Presentósele, como a todo el mundo, el pequeño detalle del editor, y no se le ocurre cosa mejor que tratar de embarcar a Heredia en este negocio: "llegó a muy buen tiempo el cartapacio, beso a v. m. las manos por el cuidado. El mío es ahora añadirle cuanto he hecho después para estampar este setiembre y procurar que me valga aun la mitad de lo que aseguran; si v. m. quiere parte le serviré con ella, que como v. m. tiene caudal puede remitilla a Indias y esperar una ganancia excesible".

Ya es vieja, como se ve, en los autores noveles la ilusión del mercado de América. No era hombre de arrestos el licenciado Heredia; pero es claro que no habían de faltarle editores al poeta más leído y discutido de su tiempo. Desde luego, le sobraron todos, porque no se

decidió a imprimir; pero tuvo dos ofertas, no sabemos en qué condiciones, que le hicieron entonces vacilar y no decidirse: "Hállome impedido para la estampa porque dos que quieren parte en ella es más de lo que a mí me está bien y así estoy como la picaza, que ni ando ni vuelo. . ." Los que anduvieron, andan y andarán de cabeza muchas veces por esta indecisión del poeta, son sus editores.

Góngora, aunque otra cosa dijese, en el fondo de su alma no quería publicar sus versos. Aquellas palabras, *la vergüenza que me costarán las puerilidades que daré al molde*, nos dan la clave del misterio. ¿Y a qué llamaría puerilidades, a las poesías satíricas, a las letrillas, a los romances? Mal conocía sus versos, y al público, y sus gustos, que en esta parte, unánimemente, le viene ensalzando hace tres siglos.

Y, sin embargo, el poeta, el poeta de las *Soledades* tenía alguna razón, una especie de razón, al hablar así.

Comprendía que no había escrito lo que pudiera, que estaba casi intacta su rica vena poética. ¿Se pondría de nuevo al telar para concluir por lo menos las *Soledades*? Ni pensarlo; estaba viejo, achacoso, y las molestias e incomodidades no le dejaban en paz. Y sus enemigos, los enemigos de sus poesías, no descansaban.

Acá y allá surgían polémicas y disputas. No cesaban de llegar a sus manos apologías y ataques, y precisamente cuando andaba en estos pensamientos y cavilaciones de la impresión, inopinadamente, por un motivo fútil y nada literario, irrumpió Quevedo en la liza con una carta inacabable de insultos y procacidades.

Compró don Francisco la casa en que vivía Góngora en la calle del Niño (hoy Quevedo), y despidió al inquilino, que atravesaba una de sus frecuentes crisis de dinero. Se indignó don Luis y escribió una décima contra el desalmado casero, que se ensañó poniendo en solfa los versos y la persona de su arisco inquilino. ¿Contribuiría esta sátira atroz:

Alguacil del Parnaso, Gongorilla. . .

a amedrentar a Góngora? ¿Tendrá esta destemplada sátira de Quevedo la culpa de que no poseamos hoy un texto de las poesías de Góngora, auténtico y revisado por él?

Trata de extremaunción y no de musas. . .

dice uno de los versos de esta sarta de insultos que vino a ser triste profecía.

Desde el año 1621 andaba medianamente la salud del poeta. Unas veces eran calenturillas más o menos efímeras; otras, una grave afección a la vista; lo que parece que fue más grave y peligroso es aquel fuerte dolor de riñones que le aquejó, acompañado, últimamente, de repetidos vómitos.

Pocas semanas después que el rey, Olivares y muchos cortesanos, entre los cuales se contaba Quevedo, emprendieron el viaje a Aragón, en los comienzos del año 1626, sufrió el poeta un grave accidente, una apoplejía, quizá una embolía, que le produjo parálisis parcial y, como dice Pellicer con frase gráfica de admiración, la dolencia *se le atrevió a la cabeza*. A los médicos toca el determinar qué clase de enfermedad fue la suya.

Al mes poco más o menos de haber sufrido el ataque, dicta, no puede escribir por su mano, una carta que no acusa trastorno mental alguno, y hace además su testamento ante el notario Francisco de Barrio. Es de notar que este testamento es más bien un recuento y recuento minucioso de sus deudas. Tenía, por tanto, normal entonces esta facultad de la memoria. Fue, al parecer, en la convalecencia cuando empezó a perder la de las cosas más recientes, conservándola de sucesos y personas antiguas. "Contóme en 16 de agosto de 1664 don Juan de Godoy —dice Vaca de Alfaro, el autor de los *Varones ilustres... de Córdoba*—, que pocos meses antes que muriera se halló en la iglesia de San Juan, de Córdoba, con don Luis de Góngora y otros caballeros, y preguntó don Luis:

—¿Hay quien salga a decir misa?

—Sí, señor.

Y prosiguiera hablando de otras cosas; y de allí a un rato volvió a preguntar:

—¿Hay quien salga a decir misa?

Y esto olvidándose que lo había preguntado antes. Y que después preguntó a don Juan:

—¿Quién es el corregidor de Córdoba?

Y se le respondió:

—Don Gaspar de Bonifaz.

Y que dijo:

—Ay, que es mi amigo.

Y después volviólo a preguntar de allí a un rato. No murió falto de juicio, porque en cualquier materia discurría muy bien, y principalmente de lo sucedido en sus mocedades". No sé si, a pesar de todo, desaparecerá de ciertos libros la especie absurda de que Góngora no sólo murió loco, sino que empezó a enloquecer allá por el año de 1609.

En cuanto cedió la gravedad, marchó Góngora a su ciudad, y allí es casi seguro que reformaría el testamento hecho en Madrid. En éste no aparece el nombre de ningún Góngora ni Argote; reconoce sus deudas, ni muchas ni muy grandes; deja algunas mandas a sus criados, y en especial a Mari Rodríguez, la criada vieja, que había hecho venir de Córdoba para que pusiera orden en su casa, y constituye por única heredera a su alma.

Acaba de aparecer en Córdoba un documento muy interesante. Se trata de un poder otorgado por Góngora a su sobrino don Luis, el que le sucedió en la prebenda familiar, por el cual le cede todos sus derechos para que pueda publicar sus obras en verso y en prosa. No sabemos si esta última palabra será una de tantas cautelas y ficciones jurídicas.

Lo que sí es indudable, y por eso es grande el valor del documento, que don Luis se reconcilió con los suyos.

Es, pues, seguro que el domingo de Pentecostés del año 1627, que cayó en 23 de mayo, sus hermanas y sobrinos rodearon el lecho de aquel deudo agonizante que gastó el tiempo por ellos y para ellos, abandonando el cultivo de las musas, no por completo, pero sin dedicarles aquel íntimo y constante culto, la preferencia, la entrega total que celosas exigen de los preferidos a quienes otorgan sus más dulces favores.

En la capilla de San Bartolomé, de la catedral cordobesa, yacen los mortales restos del gran poeta, junto con los otros de sus familiares. Dios tendrá su alma, y el espíritu de su obra vive y vivirá lozano y perenne en la memoria y en la fantasía de los poetas y de los artistas de todos los tiempos.

Pocos habrán nacido con tan extraordinarias facultades, con una fantasía más poderosa y con tal sentimiento del ritmo y de la armonía.

El ambiente del hogar y la primera formación literaria nutren y avivan sus facultades. Un secreto instinto, que su posición social le permite seguir, le separa de todo trabajo grave que pueda despertar

en su espíritu dudas, problemas hondos y trascendentales: quiere y puede apartar de sí *el demonio tenaz del pensamiento*. Durante mucho tiempo parece su lema el sentido que se desprende de la letrilla tan popular:

Ande yo caliente
y ríase la gente...

Pasa por la vida fácilmente, gozando de sus encantos, sin dejarse dominar por las fuertes pasiones del corazón. Para Góngora, el amor, o es un simple deleite, o un motivo literario, que él trata y considera literaria y artísticamente. El arte mismo, la poesía, tarda bastante a revelársele en su aspecto serio de ansia infinita, de anhelo trascendente, de torturadora pasión por crear la belleza. Obedece después o se somete a la revelación, y logra creaciones puras, de un gran valor artístico.

La vida, el medio social, distraen al poeta, que se deja llevar por caminos más fáciles, por el halago inmediato, por la gracia y el ingenio, sus obedientes y eternos esclavos; pero al mismo tiempo sus pertinaces tentadores.

Suscitó admiraciones, adoraciones, mejor, y antipatías y desprecios que hoy todavía brotan y rebrotan.

Y el poeta ¿qué opinión tenía de su obra? El no decidirse formalmente a perpetuarla por la imprenta, nos induce a sospechar que no la creía en estado de perfección; pero ¿qué verdadero artista juzga a su obra perfecta? Creía acaso don Luis que lo que podía ofrecer a la posteridad con la impresión de sus obras era poquísimo, una débil muestra de lo que había sentido muchas veces agitarse dentro de sí.

Sufría, a no dudarlo, la perturbadora dolencia de la ambiciosa perfección; no pensaba que el poeta grande, inspirado, es poeta en todo lo que toca su fantasía, en los más pequeños e insignificantes partos de su musa. La belleza no puede medirse por el objeto ni hay una medida para la belleza.

Es ciertamente un pecado contra el arte abandonar la inspiración altísima de temas y de técnica que pueden centuplicar los efectos y la delectación más pura.

De estas grandes omisiones tenemos que hacer reo a Góngora. El sol de su arte pudo iluminar nuevos mundos incógnitos; pero donde-

quiera que reflejó su luz, cuando ésta no estaba manchada por interposiciones ni velos demasiado humanos, brotó siempre la belleza.

El arte de Góngora, el poeta que casi siempre estuvo libre y apartado de incentivos y de miras fuera del arte, quedará siempre como un raro modelo, como un raro maestro de la armonía del ritmo y del decoro literario.

Advertencia final

La anterior semblanza no trae, junto a cada afirmación y a cada suceso, la prueba documental correspondiente, porque el autor ha creído que el sentido y espíritu del concurso al que presentó este trabajo no sólo no lo requería, sino que más bien trataba de evitarlo.*

De todos modos, conste que la comprobación está implícita en cada una de las páginas y quien desee ratificar y ampliar las pruebas, debe acudir en todo caso a las fuentes de que se ha valido. Son éstas: la edición de las *Obras de Góngora*, de Foulché-Delbosc, 1921, 3 volúmenes; *Don Luis de Góngora y Argote, biografía y estudio crítico*, de Miguel Artigas, 1925, y las que, como referencias, en estos libros se mencionan.

También ha aprovechado los tomos aparecidos hasta ahora de la edición que ha comenzado a publicar la *Revista de Occidente*, y que son: *Las Soledades*, por Dámaso Alonso; los *Romances*, de José María de Cossío, y la *Antología en honor de Góngora*, de Gerardo Diego.

En la corrección de pruebas ha tenido presentes otros trabajos aparecidos después, y, sobre todo, el número extraordinario del *Boletín de la Real Academia de Ciencias...* de Córdoba, enero a junio de 1927, y el cuaderno 49, octubre-diciembre, 1927, de la *Revista de Filología Española*, en el cual se publica, entre otros varios trabajos y temas gongorinos, la *Revisión de la biografía de Góngora ante los nuevos documentos*.

*Esta *Semblanza* obtuvo el Premio Nacional de Literatura (España), correspondiente al año 1927, en que se celebró el tricentenario de la muerte de don Luis de Góngora. Dos años antes, el ilustre director de la Biblioteca, Menéndez y Pelayo, había publicado su fundamental estudio *Don*

Luis de Góngora. Biografía y estudio crítico. Fue Artigas el único crítico de las antiguas generaciones que no se convirtió en negador de Góngora; es, por ello, significativa la dedicación de esta *Semblanza* a Dámaso Alonso, el primero de los gongoristas hispánicos. *N. de la D.*